

LA MITOLOGÍA CLÁSICA EN LAS MEMORIE DI STORIA NATURALE DEL JESUITA EXPULSO CHILENO JUAN IGNACIO MOLINA, UN PRECURSOR DE DARWIN

ANTONIO ASTORGANO ABAJO¹

Fecha de recepción: diciembre de 2021

Fecha de aceptación y versión definitiva: marzo de 2022

RESUMEN: Molina fue un intelectual de primera fila, riguroso naturalista y helenista que empleaba muy poco los mitos en sus tratados científicos, como el *Saggio sulla storia naturale* del Chili. Otra cosa son los dos tomos de deliciosos ensayos o eruditas conferencias, *Memorie di storia naturale*, donde aparecen frecuentes y oportunas alusiones a los mitos y a la evolución de las especies, anticipándose a Darwin. Molina fue el jesuita expulso chileno que, por su formación y cultivo permanente del latín y del griego, estuvo en las mejores condiciones para sembrar sus escritos de referencias mitológicas y culturales grecolatinas.

PALABRAS CLAVE: jesuita expulso chileno; Juan Ignacio Molina; *Memorias de historia natural*; mitología clásica.

Classical mythology in the «Memorie di storia naturale» of the expelled Chilean Jesuit Juan Ignacio Molina, a forerunner of Darwin

ABSTRACT: Molina was a leading intellectual, a rigorous naturalist and a Hellenist who made little use of myths in his scientific treatises, such as the *Saggio sulla storia naturale* del Chili. However, in the two volumes of delightful essays or scholarly lectures, *Memorie di storia naturale* frequent and timely allusions to myths appear, as well as to the evolution of species, anticipating Darwin. Molina was the expelled Chilean Jesuit who, due to his training and permanent cultivation of Latin and Greek, was excellently able to intersperse Greco-Latin mythological and cultural references in his writings.

KEY WORDS: expelled Chilean Jesuit; Juan Ignacio Molina; *Memoirs of natural history*; classical mythology.

¹ Real Academia de Extremadura. Catedrático de Literatura jubilado. Correo electrónico: Astorgano1950@gmail.com.

1. INTRODUCCIÓN

Pese a la importancia que representa el jesuita expulso Juan Ignacio Molina (1740-1829) en la historia de Chile, considerado como uno de los más destacados naturalistas de la Colonia y calificado por algunos como el primer científico chileno, nos faltan detalles de algunas etapas biográficas, como la última (1815-1829), en la que tuvo problemas con la censura eclesiástica en Bolonia, por su rigor científico evolucionista, y mostró una postura política ambigua respecto a España, llegando a jurar fidelidad al Trienio Liberal en 1820, ante el rector del Colegio de Españoles de Bolonia².

Expulsado a Italia en 1767, sufriendo la confiscación de sus escritos³, se instaló junto con el grupo de jesuitas expulsos de Chile en Ímola, ciudad donde terminó sus estudios. Suprimida la Compañía de Jesús en el verano de 1773, como sacerdote secular se trasladó a vivir a Bolonia, a principios de 1774, en compañía de su amigo Felipe Gómez de Vidaurre, autor de otra historia casi homónima (Gómez de Vidaurre, 1889; Casanueva, 2001; Hachim Lara, 2013), ejerciendo el ministerio y al mismo tiempo dedicándose al estudio en su célebre universidad, y a la enseñanza privada y gratuita con autorización del ayuntamiento de la ciudad. Ahí pudo continuar su formación leyendo a autores a los que en América no había tenido acceso.

Al mismo tiempo, el interés que desde joven había mostrado por escribir, le animó a retomar sus estudios de la historia natural, hasta publicar su obra fundamental *Saggio sulla storia naturale del Chili* en 1782 (Hanisch, 1972), siguiendo el moderno sistema taxológico de Linneo. Siempre respetuoso con el espíritu ignaciano, sin embargo, Molina no ingresó en la Compañía de Jesús restaurada en 1814, permaneciendo «abate» independiente hasta su muerte en Bolonia en 1829.

Molina continuó con sus trabajos, investigación y enseñanza en el campo de las Ciencias Naturales hasta publicar, en 1821, los dos tomos de las *Memorie di storia naturale*, cuyo análisis mitológico es el objeto del presente artículo, en el que analizamos el uso adecuado del mito clásico como argumento importante en apoyo de sus ideas naturalistas. Va más allá de la simple comparación o ejemplo, basado en su profundo conocimiento de

² Para un esbozo biográfico de Juan Ignacio Molina, remitimos a Hervás (2007, 383-386) y a Astorgano Abajo y Martínez Baeza (2020). Para su contextualización en la literatura del jesuitismo expulso, véase Astorgano (2004, 170-268).

³ AHN, *Santa Sede* (Año 1789), legajo 360, exp. 26. «El Sr. D. Antonio Porlier. Sobre las obras de los tres jesuitas don Juan Ignacio Molina, don Miguel de Olivares y don Felipe Vidaurre».

la cultura clásica (llegó a ser propuesto como catedrático de griego de la Universidad de Bolonia). Continuamos con el análisis de la presencia de la mitología en los historiadores jesuitas expulsos chilenos, que emprendimos con Miguel de Olivares (Astorgano, 2021).

2. LAS REFERENCIAS MÍTICAS GRECOLATINAS EN EL *SAGGIO SULLA STORIA NATURALE DEL CHILI* DEL ABATE MOLINA (1782)

Lo que ha dado relevancia a Molina en la historia de las Ciencias Naturales es el *Saggio sulla storia naturale del Chili* de 1782, traducido por Arquellada en 1788. Es un tratado científico, que le dio reconocimiento y prestigio en los ámbitos académicos de toda Europa, en el que tiene especial cuidado en evitar las referencias mitológicas (un tanto desprestigiadas por los abusos barroquizantes del siglo anterior). Son pocas las alusiones a los mitos en esta obra (a diferencia de la abundante terminología latina, exigida por el rigor científico de su tratado). La más significativa es el lema que encabeza el tomo (Molina, 1788, II), en el que, siguiendo a Virgilio, nos sugiere una mítica Naturaleza chilena, que nada tiene que envidiar a los campos romanos de las *Geórgicas*:

CUADRO 1. «ELOGIO DE LA ITALIA» DE VIRGILIO

<p>149. <i>Hic ver assiduum, atque alienis mensibus aestas</i> <i>Bis gravidae pecudes, bis pomis utilis arboros....</i></p>	<p>149. Aquí es la primavera continua, y el estío se siente en los meses extraños; las ovejas son dos veces preñadas, y el árbol dos veces útil por sus frutos [...]</p>
<p>165. <i>Haec eadem argenti rivos, aerisque metalla Ostendit venis, atque auro plurima fluxit</i> (Virg. <i>Geórgicas</i>, lib. 2. 149-150; 165-166. «Elogio de la Italia»).</p>	<p>165. Esta misma Italia muestra riachuelos de plata y minas de cobre en sus venas, y muy abundante ha manado en oro.</p>

Fuente: Virgilio. *Geórgicas*, libro 2. Versos 149-150; 165-166. La traducción es de A. Astorgano.

Estos versos apuntan, por un lado, a que Chile tiene un clima primaveral que favorece la multiplicación de los animales y las plantas (la primavera es continua, y hasta el invierno es un verano; dos veces al año hay crías nuevas; los árboles dan dos cosechas), y, por otro, a que el reino mineral chileno es abundante en metales preciosos (esta tierra muestra en sus venas ríos de

plata y cobre, y arrastra raudales de oro). Es decir, Chile es un mítico paraíso. Por su parte, Virgilio contextualiza su magnífico «Elogio de Italia», aludiendo a varios dioses, como Baco, Clitumno⁴ y Saturno.

Hasta aquí, guiado por Virgilio, llegan las fantasías míticas grecolatinas de Molina y no volverán en el resto del *Saggio sulla storia naturale del Chili*, puesto que no debía salirse de su rol de riguroso académico naturalista. Por eso, a partir de ahora, aludirá preferentemente a la *Historia Natural* de su admirado Plinio el Viejo (Valenzuela Matus, 2017, pp. 755-768).

3. EL CONVULSO AMBIENTE SOCIOPOLÍTICO DE UNAS DELICIOSAS: *MEMORIE DI STORIA NATURALE*

Napoleón Bonaparte nombró a Molina, en 1802, miembro de la prestigiosa Accademia delle scienze dell'Istituto de Bologna, que, a partir de 1810, quedó integrada en el Reale Istituto di Scienze e di Lettere. Los invasores franceses apadrinaron una lujosa y «accresciuta» segunda edición del *Saggio sulla storia naturale del Chili*, con pocas novedades científicas (Molina, 1810).

La Academia Pontificia de Ciencias le había ofrecido (1801) la Cátedra de Historia Natural y Botánica, que rechazó entonces, pero que aceptó en 1812. Desde este momento, presentó allí varias memorias, entre ellas, «Las analogías menos observadas en los tres reinos de la naturaleza» (1815), por la que Molina fue acusado ante las autoridades eclesiásticas de sostener teorías evolucionistas, contrarias a la fe, siendo excluido temporalmente de la Academia y vetado de la docencia y el ministerio sacerdotal. El abate chileno había afirmado que la división de la naturaleza en tres reinos no era tan excluyente, que no existiesen eslabones de enlace entre diversos reinos, y que cada uno participase de la vida de otro (Hanisch, 1974, p. 167). En el fondo Molina era un evolucionista limitado, siguiendo a Buffon, a quien cita ampliamente.

Con menos atención de los críticos de lo que merecen, pero de gran interés para seguir la huella de la cultura clásica grecolatina en Molina, las *Memorie di storia naturale* todavía se leen con gusto. Son 14 disertaciones académicas pronunciadas, y algunas publicadas sueltas, al final del periodo de la dominación francesa (Reino de Italia, 1805-1814), y, por lo tanto, en el ambiente político cultural, impuesto por los invasores o por la posterior

⁴ Clitumno, es el dios o numen fluvial romano del río del mismo nombre en la Umbría, hijo de los dioses marinos Océano y Tetis.

restauración pontificia. En este contexto sociopolítico convulso, y a instancia de sus amigos, Molina publicó en 1821 en dos volúmenes las *Memorie*, solventando las acusaciones de evolucionismo de los inmovilistas boloñeses, gracias al considerable prestigio del naturalista chileno.

El contenido de los dos tomos o partes de las *Memorie* es el siguiente:

CUADRO 2. ÍNDICE DE LOS DOS TOMOS DE LAS *MEMORIE DI STORIA NATURALE*

Índice de las <i>Memorie di Storia Naturale, lette in Bologna nelle adunanze dell'Istituto.</i>	
PARTE PRIMERA (Tomo I)	
Memoria I.	<i>Sulla Porretta.</i> Leída en la reunión del Instituto de Bolonia (¿otoño de 1812?).
Memoria II.	<i>Osservazioni sulla fisica costituzioni, e sui prodotti minerali della Montagna Bolognese.</i> Leída en la reunión del Instituto Italiano el 8 de abril de 1813.
Memoria III.	<i>Sulla coltivazione degli Ulivi.</i> Insertada en la <i>Gazzetta di Bologna.</i>
Memoria IV.	<i>Sulle Marne.</i> Leída en la reunión del Instituto italiano del 1814.
Memoria V.	<i>Il Caffè.</i> Leída en el Instituto Italiano en el Carnaval de 1815.
Memoria VI.	<i>Analogie meno osservate dei tre Regni della Natua.</i> Leída en la reunión de los días 23 de febrero, 24 de marzo y 23 de noviembre de 1815.
PARTE SEGUNDA (tomo II)	
Memoria VII.	<i>I Giardini Inglesi.</i>
Memoria VIII.	<i>Le Balene.</i>
Memoria IX.	<i>Sulla propagazione degli Alberi, e specialmente degli Abeti.</i>
Memoria X.	<i>Sul Carbone.</i>
Memoria XI.	<i>Sul Potosi, monte argentino del Perù.</i>
Memoria XII.	<i>Sulla propagazione successiva del genere umano.</i>
Memoria XIII.	<i>Sul Cacao.</i>
Memoria XIV.	<i>Sopra lo Zucchero.</i>

Fuente: elaboración propia de A. Astorgano.

4. REFERENCIAS MÍTICAS EN EL TOMO I DE LAS *MEMORIE DE STORIA NATURALE*

Las dos principales fuentes de las *Memorie* son la *Historia Natural* Plinio el Viejo y las *Metamorfosis* de Ovidio, de las que circulaban varias ediciones desde el siglo XVI⁵. La mayoría de las *Memorie* fueron dictadas en el ambiente solemne del Istituto de Bolonia (que los invasores franceses integraron, a partir de 1810, en el Reale Istituto di Scienze e di Lettere), pero relajado, por ser consocios suyos. Reiteradamente Molina, como buen ilustrado, confiesa que el principio de la utilidad social es la guía de los catorce ensayos de sus *Memorie*, siendo la diferencia fundamental de estas con lo publicado anteriormente en la *Historia Natural del Reino de Chile* (1787), donde se perseguía, esencialmente, revalorizar y reivindicar la Naturaleza, el hombre y la cultura chilenos. Son textos de divulgación científica con la función principal de informar en amenas exposiciones a unos académicos, cultos, pero no especialistas, en los temas tratados. Por eso las referencias míticas son frecuentes, pero no profundas.

La Memoria I («Sulla Porretta»). Debió ser leída por Molina en una reunión del Instituto de Bolonia en el otoño de 1812, después de haber pasado unos días en el balneario de Porretta Terme⁶, analizando sus aguas termales, en compañía de otros miembros del Instituto. En el entono de la estación termal de La Porreta hay algunos volcanes, y Molina califica el volcán del pico de Sasso-Cardo, que emitía hidrógeno sulfurado, de «questo Vesuvio distruttore» (Molina, 1821, I, p. 11).

Cuando hay discusión sobre el origen terrestre o marítimo de un volcán, Molina da su opinión, pero sin comprometerse en la disputa ente los partidarios de Vulcano o Neptuno: «No entro aquí, como bien veis, en la disputa de los vulcanistas y los neptunistas; hablo sólo de la translocación, no de la composición primitiva de las masas que la componen» (Molina, 1821, I, p. 13).

La Memoria II («Osservazioni sulla fisica costituzioni, e sui prodotti minerali della Montagna Bolognese»). Fue leída en la reunión del Instituto Italiano el 8 de abril de 1813. Hemos visto que Molina encabezaba su *Storia Naturale* de Chile (1782) con unos versos de la *Geórgicas* de Virgilio «Haec eadem argenti rivos, aerisque metalla / Ostendit venis, atque auro plurima fluxit» (Virg. *Geórgicas*, lib. 2. 165-166), para demostrar la abundancia de Chile en metales preciosos, ahora utiliza esos mismos versos del virgiliano

⁵ Es recordada la edición versificada por el licenciado Viana (Ovidio, 1589).

⁶ Porretta Terme es un municipio situado en el territorio de la Provincia de Bolonia, en Emilia-Romaña, (Italia). La ciudad es un balneario y centro turístico, renombrado por sus aguas termales sulfurosas, ya conocidas en la época romana.

«Elogio de la Italia» para demostrar lo contrario, es decir que las montañas de Bolonia no contenían dichos metales.

Constante en su tesis de que en el Boloñesado se podrían cultivar espléndidos olivos, a pesar del frío, Molina, contento porque algunos campesinos habían seguido su consejo, concluye equiparando los nuevos olivos a los mejores de Grecia, acudiendo al mito de Minerva (la diosa simbolizada por el olivo), la cual consiguió el Señorío de Atenas, venciendo a Poseidón, gracias a que logró criar un olivo maravilloso:

Después supe con gran placer que algunos, persuadidos de mis razones, comenzaron a plantar algunos olivos en las laderas soleadas de sus cerros. Este ejemplo puede seducir personalmente a otros dueños, y dentro de unos años, si mis esperanzas no me engañan, se verán estas montañas pobladas, como antes, con los frondosos árboles de Minerva.⁷ (Molina, 1821, I, p. 56)

Hablando de los fósiles de azabache y ámbar que se pueden encontrar en las riberas de los ríos y en algunos montes, el abate encarece su valor acudiendo al mito de Meleagro, ligado a la combustión de un carbón (el azabache) y a sus hermanas (las Meleágridas)⁸, y al mito de Faetón (Gallego Morell, 1961; Rozas, 1963, pp. 3-14). El jesuita alude a la leyenda del ámbar amarillo surgido de las lágrimas de las hermanas de Meleagro y a sus propiedades eléctricas:

El ámbar, como dicen los poetas, se formó, o de las lágrimas de las hermanas de Meleagro, o de las de Faetón, y dio su nombre, por su virtud atractiva, a una de las más bellas ramas de la Física, cual es la Electricidad. (Molina, 1821, I, p. 89)

Oportunamente el jesuita chileno vincula a Faetón con la brillantez del ámbar y del azabache. Sabido es que, según una tradición, Faetón era hijo de Helios, el dios-sol, quien le concedió que podía conducir su carruaje (el sol) un día. Faetón se dejó llevar por el pánico y perdió el control de los caballos blancos que tiraban del carro, de forma que bajó demasiado y la vegetación se secó y ardió. Finalmente, Zeus fue obligado a intervenir golpeando el carro desbocado con un rayo para pararlo, y Faetón se ahogó en el río Erídano (Po). Sus hermanas, las Helíades se apenaron y fueron transformadas en alisos o álamos, según Ovidio, convirtiéndose sus lágrimas en ámbar.

⁷ Atenea compitió con Poseidón por ser la deidad protectora de Atenas, que aún no tenía nombre. (Apolodoro, *Biblioteca mitológica* III,14,1; Virgilio, *Geórgicas* I, 12; Varrón, citado por San Agustín en *La ciudad de Dios*, XVIII, 9; Ruiz de Elvira, 2010, pp. 66-67).

⁸ En la mitología griega, Meleagro era hijo de Eneo (rey de Calidón) y Altea (hermana de Leda). La vida de Meleagro estaba ligada a la permanente combustión de un tizón. Cf. Higino, *Fábulas (Fabulae)*, 129, 171, 172, 173, 174; Ovidio, *Las metamorfosis*, VIII, 260-444; Pausanias, *Descripción de Grecia*, VIII, 47, 2.

Concluye Molina tranquilizando a su auditorio boloñés, puesto que en sus investigaciones no ha encontrado ningún volcán activo en el Boloñesado (Molina, 1821, I, p. 91).

La Memoria V («Il Caffè»). También fue leída en el Instituto Italiano, pero en un ambiente sociopolítico más convulso: el Carnaval de 1815, cuando el afrancesado Reino de Italia había sido disuelto, tras la abdicación de Napoleón en 1814. Molina acude al relato mitológico al hablar del origen de café, como el suponer que fue una revelación del Arcángel San Gabriel al profeta Mahoma, según los chiíes, mientras que los sunitas creen en la leyenda de que simplemente fue la observación de un monje al ver los efectos que producía, en una cabra, la ingesta de unas ramas de café (Molina, 1821, I, pp. 144-145).

El abate chileno acude, con cierta frecuencia, a la antonomasia y metonimia. Así sustituye la palabra «médico» por la de «Asclepio», el semihombre o semidiós, a quien los romanos latinizaron como Esculapio. Cuando alude a los volcanes más temibles, Molina los califica de «Vesubio»: «Estos son hasta el presente los indicios sobre el poderío de este Vesubio destructor» (Molina, 1821, I, p. 11).

El café tuvo problemas para implantarse entre los musulmanes de El Cairo, puesto que unos médicos decían que era excitante y otros lo contrario, por lo que la autoridad, reuniendo a ambos bandos, les sirvió una taza de café y los dejó deliberando. Al volver los encontró a todos conformes con los beneficios del café, como «el puñado de polvo arrojado sobre las abejas beligerantes de Virgilio». En concreto Molina se refiere a los dos bandos de abejas enfrentados, cuya disputa termina cuando se le tira un poco de polvo: *Hi motus animorum atque haec certamina tanta / pulveris exigui iactu compressa quiescent* (Traducción: «Tanta pasión, tan fiera lucha cálmase / con un poco de polvo que le tires») (Virgilio, *Geórgicas* IV, 86-87).

La bucólica y mítica imagen de las belicosas abejas de Virgilio, le parecía a Molina lo más acertado para visibilizar los efectos socializadores y psicológicos del café: «El hervor de las mentes disminuyó; el café se volvió legal y saludable; los escrúpulos desaparecieron; los médicos espirituales y corporales, los celosos y los indiferentes [...], todos se convencieron de que estaban mejor que antes» (Molina, 1821, I, pp. 148-149).

En el ambiente festivo del carnaval de 1815, Molina, después de analizar los componentes químicos del café, nos confiesa que él mismo era consumidor habitual, adoptando un tono irónico con quienes lo consideraban un veneno (Molina, 1821, I, p. 164).

Durante bastante tiempo hubo en Europa la pugna entre los partidarios del vino y los del café, como hoy la hay entre los bebedores de cerveza y de

vino. En este contexto Molina, más partidario del café que del vino, argumenta a favor del primero, relatando la postura tolerante de Francesco Redi (Arezzo, 1626-Pisa, 1697), naturalista, fisiólogo, literato y primer médico de los grandes duques de Toscana Fernando II y Cósmico II, quien en su ditirambo *Bacco in Toscana* (Redi, 1685) se había convertido en el mayor paladín de este dios y de todo lo que representaba. Es uno de los panegíricos más famosos sobre el vino jamás escrito.

La alusión de Molina es oportuna, porque, en el ditirambo, además de celebrar todo tipo de vinos, Redi condenó las bebidas «exóticas» que se estaban poniendo de moda, como el chocolate, el té y el café. Redi se divirtió dibujando al dios Baco borracho, sumergido en los vinos más prestigiosos, en medio de libaciones gigantescas, bailes, cantos y sátiros.

Molina, después de anotar que Redi fue el primero que empleó el apelativo de «caifeisti» para denotar a los amantes del café, narra con cierta extensión la postura ambigua del poeta respecto al café. El médico Redi concluye retractándose y aconsejando el uso moderado del café, consejo con el que el naturalista Molina finaliza esta desenfadada y festiva Memoria V (Molina, 1821, I, pp. 166-167).

La Memoria VI («Analogie meno osservate dei tre regni della Natura»). Es la más importante de las *Memorie di Storia Naturale*, leída en la reunión del Instituto de Bolonia los días 23 de febrero, 24 de marzo y 23 de noviembre de 1815, es decir empezó su lectura bajo la dominación francesa y la terminó con la restauración del dominio pontificio, época de mudanza sociopolítica. Es importante por el contenido evolucionista, que había pasado desapercibido ideológicamente bajo la dominación napoleónica, pero que suscitó una notable reacción en los restaurados Estados Pontificios, porque no pocos observaron una defensa de la teoría de la evolución de las especies (acogida sin ambages en los ambientes científicos predarwinistas), y por las desdichas personales que esta Memoria le ocasionó a Molina, quien fue acusado de herejía. Hoy conocemos este contexto por la documentación descubierta por Charles Ronan y Walter Hanisch al publicar el *Epistolario* de Molina, y dedicarle un amplio capítulo, «¿Acusado de herejía?», a donde remitimos (Ronan y Hanisch, 1979, pp. 160-186). La tesis de Molina sólo consiste en borrar las diferencias que separan los tres reinos de la naturaleza y hay que ver si este solo argumento es válido para hacerlo precursor de la teoría de la evolución, concluyen Ronan y Hanisch (1979, pp. 161-162).

Las referencias clásicas y mitológicas en las «Analogie meno osservate dei tre regni della Natura» son adecuadas como argumento a favor de su tesis. Molina no solo era un excelente naturalista, sino que su curiosidad le lleva a observar y opinar sobre las misteriosas fuerzas que conforman el Universo

y, necesariamente, trae a la memoria los mitos. El jesuita habla de la «energética virtud magnética de los cuerpos subterráneos» de algunos metales, quizá recordando que la calamita o magnetita era llamada piedra imán o «piedra de Hércules», y que en la Antigüedad representaba a la diosa Venus a la par que estaba vinculada con el mítico héroe Hércules, un símbolo de invulnerabilidad y fuerza (Molina, 1821, I, pp. 188-189). En su afán de ver conexiones entre el reino mineral y el vegetal, el jesuita chileno se detiene en el mítico «Árbol de Diana», más conocido como «piedra filosofal» o «árbol del filósofo». El árbol de Diana fue considerado un precursor de la piedra filosofal, que llevó a los filósofos químicos pre-modernos a teorizar sobre la existencia de vida en el reino de los minerales, lo cual interesaba a Molina, preocupado en limar las diferencias entre los tres reinos de la Naturaleza:

El árbol de Diana, que es la fusión de mercurio con plata, también es conocido por la gente común. Así, la virtud vegetativa pasa de los cristales a las plantas criptógamas, hierbas, malas hierbas, a las sufruticas, fruticas, a los alhelí, zoofitas, moluscos, insectos, peces, anfibios, pájaros, cuadrúpedos, hombre... (Molina, 1821, I, p. 191)

Comparando la longevidad del hombre (la especie más significativa del reino animal) con la de los árboles centenarios, Molina no tiene más remedio que acudir a los míticos personajes más longevos, documentados en diversas mitologías anteriores y posteriores al Diluvio Universal (Noé, el griego Nestore, el rey de Cádiz Argantonio y algún romano), si bien el abate chileno retorna a la realidad, siguiendo el ejemplo del rey David, restringiendo la longevidad a los que vivían arregladamente (Molina, 1821, I, pp. 193-194).

En la mitología griega, Néstor era hijo de Neleo y Cloris, y rey de Pilos. Se convirtió en rey después de que Heracles matase a su padre y a todos sus hermanos. En algunas tradiciones, Néstor fue uno de los argonautas que luchó contra los Centauros y participó en la caza del jabalí de Calidón (Llinares García, 1987).

Homero se refiere a él frecuentemente como rey de Pilos, que luchó junto a sus hijos al lado de los aqueos en la Guerra de Troya (Homero, 2005, 88). Néstor debe su larga vida a que los dioses o solamente Apolo le concedieron vivir los años que debían de haber vivido sus familiares masacrados por Apolo y Artemisa.

Como ejemplo de «antichità prodigiosa» en el reino vegetal, Molina cita la mítica Higuera Ruminal, el lugar en el que fueron encontrados Rómulo y Remo (Molina, 1821, I, p. 197).

Al comparar la estatura de los animales salvajes y la del hombre, Molina alude a los gigantes de la raza humana, citando a la Biblia (el filisteo Goliat) y no a la mitología clásica (Smith, 1867), en la que hay varias generaciones

de gigantes (*Gigantomaquia*; Homero, *Odisea* VII, 59, 206, X, 120; Pausanias VIII.29.2).

El abate chileno observa una evidente analogía entre los reinos de la Naturaleza: las plantas, lo mismo que los animales, tan pronto como se esconde el sol, se rinden al sueño, sometiéndose al imperio del dios Morfeo (Ovidio, *Las metamorfosis* XI, 583 y sig.): «Tutto in somma si sottomette all' imperio di Morfeo» (Molina, 1821, I, p. 249). Analogía irrefutable.

En el último párrafo de su disertación el abate se reafirma en su tesis de las semejanzas entre los tres reinos de la Naturaleza, después de acusar a sus contrarios de no ser capaces de elevar su mente más allá de los casos particulares. Por si fuera poco, Molina concluye con una frase en la que parece invocar al Génesis bíblico, en cuanto que el mismo Creador del Universo desarrolló un lazo de unión entre el hombre y la más diminuta planta, y entre esta y el fósil más amorfo:

Sin embargo, las consecuencias que luego quieren [los evolucionistas] derivar de ellos, nunca podrán satisfacerlos, que no se contentan con considerar las cosas en particular, sino que se elevan con la mente al designio que consideremos que el Creador tuvo en mente, en la constitución del Universo, una multiplicidad de relaciones que acercan a todos los seres, y veremos desaparecer las inconmensurables distancias que se supone que existen entre el hombre y la planta menos criptógama, y entre ésta y el fósil más informe. (Molina, 1821, I, págs. 282-283)

Este párrafo de conclusiones no pasó desapercibido a los «zelanti» ultra católicos, y lo usarán en perjuicio de Molina acusándolo de hereje.

5. REFERENCIAS MÍTICAS EN EL TOMO II DE LAS MEMORIE DE STORIA NATURALE

La segunda parte de las *Memorie de Storia Naturale* el naturalista Molina se centra en cuestiones científicas, sin que se implique en aspectos polémicos, como lo hizo en la memoria VI «Sobre las semejanzas entre los tres estados de la Naturaleza».

La Memoria VII («I giardini inglesi»). En realidad, es una historia de la jardinería, donde Molina refleja su amplia erudición, en especial la clásica grecolatina. Aunque no nos consten las circunstancias en las que se gestó esta Memoria, en la introducción Molina da a entender que realmente fue leída en una reunión del Instituto de Bolonia, ante «mis muy eruditos colegas», y justifica el interés del tema en la moda que, «desde unos años acá, se ha excitado en nuestro territorio» (Molina, 1821, II, p. 5). Como en otras

Memorie, en el fondo de esta, Molina esconde un fin más útil y práctico y no sólo erudito e histórico: reivindica el uso de los árboles autóctonos de Italia en la nueva jardinería, sin necesidad de acudir a árboles exóticos (Molina, 1821, II, pp. 5-6).

Como esta Memoria tiene un enfoque histórico, encontramos alusiones mitológicas bíblicas y grecolatinas. Molina comienza su resumen histórico de la jardinería siguiendo el relato bíblico del Génesis y no la mitología grecolatina. Alude al «agradable jardín del Edén, que solemos llamar Paraíso terrenal», a las «llanuras fértiles bañadas por el Tigris y el Éufrates, que representaban de alguna manera con amenidad perenne la afortunada estancia, de la que habían sido privados» en el Paraíso. Después de la terrible catástrofe del Diluvio, el genio innato del género humano para las agradables escenas de lugares frondosos, le hizo «preferir los bosques», como atestiguan los antiguos cantores de la felicidad de la Edad de Oro (Molina, 1821, II, pp. 7-8).

Sabido es que el término edad de oro proviene de la mitología griega y fue recogido, por primera vez, en el poema los *Trabajos y días* de Hesíodo (mitad del siglo VIII a. C.). Este mito está en la base de «toda la historia del pensamiento griego, alimentando los sueños de los que por diversas razones rechazan el mundo en que viven» (Mossé, 1984, pp. 74-117). Reaparece en el diálogo *Político* de Platón, en *Las metamorfosis* de Ovidio (Libro I, vv. 89 – 112), en *Tíbulo* o en las *Geórgicas* de Virgilio, fuentes reiteradamente citadas en las *Memorie* por el abate chileno. En esta edad mítica de la Edad de Oro bíblica, Molina incluye al «robusto Nemrod» (*Génesis*, 10, 8-12) y al personaje mítico babilónico célebre en jardinería, Semiramide, nieto de Nemrod (Molina, 1821, II, pp. 8-9).

Molina también alude a algunos mitos relacionados con la jardinería griega, incluida la mítica jardinería persa, teniendo como fuente a Jenofonte, mencionando el jardín real de Sardes: «Lo mismo nos dice Jenofonte, copiado por Cicerón en su *Catón Viejo*, del jardín real de Sardis perfilado y cultivado por el valiente *Ciro el Menor*» (Molina, 1821, II, p. 9).

Según Molina, el gusto por los jardines pasó junto con las otras artes del Oriente al Occidente, reseñando solo dos ejemplos de jardines de la Grecia antigua. Vagamente alude a la fábula de los jardines encantados de Hespérides, para demostrar que el arte de la jardinería había llegado hasta el más remoto Occidente. El mito de los jardines de Alcinoos, evocado por Molina, tiene su fuente declarada en el séptimo libro de su *Odisea* (Canto VIII, 390), donde Homero describe «con elegantes versos los jardines de Alcinoos, Rey de los Feacios, (...) donde había todo lo que debe entrar en un jardín hecho

a imitación de aquellos que la Naturaleza nos presenta libremente» (Molina, 1821, II, pp. 9-10).

El abate chileno se extiende un poco más en el relato de la jardinería de los antiguos romanos, pudiendo distinguir dos etapas: la mítica (el viejo Evandro y Tarquinio el Severo) y la histórica (el Imperio).

La jardinería mítica de Roma. Molina alude al mito de los idílicos rebaños del viejo Evandro, citando dos versos de la primera elegía del libro IV del poeta Propercio:

Ni la rudeza ni la pasión por la guerra llegaron a extinguir del todo en los primeros romanos el deseo natural del hombre, de instalarse en los parajes más placenteros; y por eso, habiendo abandonado las llanuras del Lacio, prefirieron detenerse en las siete colinas, entonces verdes cruzadas por el rubio Tíber, que sólo eran visitadas por las manadas del viejo Evandro. Este estado primitivo de la soberbia Roma está bien descrito por el poeta Propercio en la primera Elegía del libro IV, que principia: «*Hoc quodcumque vides, hospes, quam maxima Roma est; ante Phrygem Aeneam collis et herba fuit*». ⁹ (Propercio IV, Elegía 4, 1-2)

Evandro («hombre fuerte») es, en la mitología romana, rey de los arca-dios, hijo de Mercurio que condujo a su pueblo desde Grecia hasta el Lacio, introduciendo en Italia el Panteón olímpico, las leyes y el alfabeto griegos (*Eneida*, VIII 52-558; IX 9; X 148-780; XI 26-835; XII 184-551).

Desde un principio, los romanos adornaban sus chozas y veneraban a la diosa Flora con festivales florales: «Los nuevos ciudadanos no descuidaron embellecer el contorno de sus chozas trasplantando flores silvestres, cuya custodia estaba encomendada a la Diosa Flora, por lo que era venerada desde el veintiocho de abril hasta el primero de mayo con fiestas florales» (Molina, 1821, II, pp. 10-11).

Pronto la pasión de los antiguos romanos por la jardinería pasó de los particulares a las instituciones políticas. Los reyes mismos no desdeñaron aplicarse a este pasatiempo doméstico, como Tarquinio el Soberbio (Molina, 1821, II, p. 11), siguiendo la narración de Tito Livio (*Historia de Roma*, I.53.4) y de Dionisio de Halicarnaso (*Historia antigua de Roma*, IV, 58).

En ese afán de adaptar el jardín inglés al paisaje italiano, el abate aporta referencias a personajes y flora griegos o romanos de resonancias más o menos mitológicas, como el rey Numa Pompilio (753-674 a. C.), segundo rey de Roma (716-674 a. C.), sucesor de Rómulo (Molina, 1821, II, p. 24).

⁹ «Esto que ves, viajero, es la gran Roma / Que antes del frigio Eneas fue colina y yerba». Estos versos inspiraron el poema de Quevedo que empieza: «Esta que miras grande Roma agora...» (Ramajo Caño, 1995, p. 536).

La Memoria VIII («Le balene»). Molina diserta sobre el animal misterioso de la ballena, que ya había sido descrita brevemente en su *Historia de Chile* por el jesuita expulso Miguel de Olivares (1864, p. 33), maestro de Molina, comparándola míticamente con las ambulantes Islas Cícladas y con el gigante Tifeo, atribuyéndole dimensiones monstruosas.

Es comprensible que el naturalista Molina se sintiese tentado a dar su versión científica de un tema novedoso y misterioso para los académicos de Bolonia (Molina, 1821, II, pp. 43-44). Describe entusiásticamente el hábitat y las ventajas de la caza de la ballena, punto de mira de los pescadores inteligentes, empezando por los antiguos griegos, sumamente aficionados a lo maravilloso («amanti per lo più del meraviglioso»). Aduce el testimonio de Nearco, almirante y amigo de Alejandro Magno (Molina, 1821, II, p. 46).

Al final de la memoria sobre las ballenas, rememora la épica relación del hombre con el animal más grande de la creación, y lejos de traer a colación la bíblica ballena del profeta Jonás, acude a los clásicos grecolatinos. En un tono, que hoy calificaríamos de conservacionista, el ignaciano lamenta la caza excesiva de principios del siglo XIX y alaba la postura de los antiguos griegos y romanos, quienes no cazaban ballenas:

El enemigo más formidable, que estos enormes colosos animados tienen es el hombre, el cual, aunque en cuanto al cuerpo sea muy inferior a ellos, sin embargo, secundado por su inteligencia destruye más en un año, de lo que sus otros adversarios pueden hacer en muchos siglos. Ni los griegos, ni los romanos, ni ningún otro de los antiguos pueblos asiáticos o africanos, nunca, que yo sepa, se atrevieron a atacar a las ballenas en sus mares. (Molina, 1821, II, p. 67)

La Memoria IX («Sulla propagazione degli alberi e specialmente degi abeti»). El proteccionista Molina defiende la repoblación forestal. Si en la Memoria sobre las ballenas había disertado sobre un tema zoológico un tanto exótico, ahora lo hace sobre uno botánico, tan común como imprescindible para el hombre: el árbol. Así lo expone en la presentación (Molina, 1821, II, pp. 79-80). Su obsesión por la promoción y defensa de la masa forestal, solo tiene parangón con los planteamientos de Antonio Ponz, en el contexto de la Ilustración española, omnipresente a lo largo de las páginas de su *Viaje de España* (Ponz, 1988)¹⁰. Es el mismo planteamiento con la diferencia de que el abate chileno, un naturalista de primera categoría, lo hace a nivel europeo, y hasta mundial, mientras que el ilustre viajero español, centrado en cuestiones artísticas, se limita a España (Lope, 1989, pp. 157-174).

¹⁰ Ponz (1988-1989) habla del problema forestal principalmente en los tomos I, IX, X, XI, XII, XIII y XV.

Molina era un conservacionista sincero, partidario de la repoblación forestal. Proféticamente adelantó hace doscientos años que la deforestación de los países desarrollados (Europa) terminaría asolando los bosques de América (Molina, 1821, II, pp. 82-83). De este panorama desolador de la vegetación europea, salva a Italia, gracias a las costumbres agrarias del pluricultivo, heredadas de los antiguos romanos (Molina, 1821, II, pp. 83-84).

Nuestro abate disfrutaba ilustrando sus investigaciones sobre la naturaleza con las fábulas mitológicas de los griegos y romanos («siempre inclinados a embellecer los fenómenos de la Naturaleza con cuentos de hadas»). Sin duda era consciente del recurso a los mitos como medio mnemotécnico eficaz. Estas historias permiten retener más fácilmente la atención del lector (Thiering, 2014, pp. 265-317). Esto deducimos del paraje en que el ignaciano chileno trata del ámbar amarillo de los abetos, donde saca a relucir tres mitos: el de las Islas Hespérides, el de las lágrimas de las Meleágridas y el de Faetón (las lágrimas de sus hermanas, metamorfoseadas por Ovidio en álamos, darán origen al ámbar amarillo), que hemos analizado anteriormente en *La Memoria II* («Osservazioni sulla física costituzioni, e sui prodotti minerali della Montagna Bolognese»):

Los griegos no dudaron en atribuir el ámbar amarillo, que ellos, así como los romanos, tanto apreciaban, ya a los árboles del jardín ambulante de las Hespérides, ya a las lágrimas de las Meleágridas convertidas en aves, y afligidas por la muerte de su hermano, o a las hermanas de Faetón convertidas a orillas del Po en álamos llorones por la desgracia de aquel joven ambicioso, descrito elegantemente por Ovidio en sus *Metamorfosis* junto con la admirable propiedad de unos álamos, quizás abetos, de darnos el electrón o el ámbar amarillo, como nos lo asegura tratando del mismo en los siguientes versos. (Molina, 1821, II, p. 101)

A continuación, Molina cita tres versos hermosos del libro II de las *Metamorfosis* de Ovidio, el autor preferido por el jesuita en su adolescencia, en los que el poeta narrador llega ansioso al valle del río Erídano (Río Po, según Molina), basado en relatos poéticos, cuyos protagonistas eran álamos y cisnes que antes eran humanos o semidioses. Tomando como fuente algunas metamorfosis de Ovidio, el jesuita chileno alude a la caída de Faetón por acercarse demasiado al sol y las metamorfosis posteriores de sus hermanas convertidas en álamos que derramaron lágrimas de color ámbar (*Met.* 2.363-65).

Añadamos que, en la mitología griega, las Hespérides eran las ninfas que cuidaban un maravilloso jardín en un lejano rincón del Occidente, como hemos visto en la *Memoria VII* («I giardini inglesi»). A las Hespérides se les encomendó la tarea de cuidar de la arboleda de la diosa Hera (Apolonio de Rodas IV, 1390-1400; Hesíodo, *Teogonía* 215; Plinio el Viejo, *Naturalis Historia* IV, 36).

Bajando del mundo mítico, el naturalista Molina expone su hipótesis sobre el origen del ámbar amarillo (también analizado en la *Memoria II*, al observar los productos naturales de la Montaña Boloñesa), el cual, siguiendo a Plinio el Viejo (*Historia Natural*, 23-79), no era animal, sino vegetal y similar a la resina de los pinos. En esencia Plinio y Molina coinciden con lo que sostiene actualmente la ciencia, de que el ámbar o succino (del latín *succinum*) es resina fosilizada de origen vegetal, proveniente principalmente de restos de coníferas (Molina, 1821, II, pp. 101-102).

La Memoria X («Sul Carbone»). Molina diserta sobre el carbón. Empieza captando la atención de sus colegas académicos resaltando su importancia, a pesar de su aparente vulgaridad, puesto que está presente tanto en el diamante como en el carbón vegetal de un humilde hogar (Molina, 1821, II, p. 107).

Para poner de relieve que «el carbón, sea cual sea la forma en que esté preparado, es uno de los desinfectantes más valiosos que se encuentran en la naturaleza»; pone el ejemplo de las construcciones de madera en lugares húmedos o pantanosos, acudiendo a edificios emblemáticos griegos (los cimientos del famoso templo de Artemisa en Éfeso¹¹) o romanos: las empalizadas que los británicos construyeron en el Támesis para impedir el paso del ejército de Julio César, descritas por el historiador Tácito (Molina, 1821, II, pp. 112-113).

La Memoria XI («Sul Potosì, monte argentífero del Perú»). Molina justifica el interés sobre «El monte plateado de Perú, dicho en esa lengua *Potosì*, o más bien *Potocì*, que se ha hecho desde hace más de dos siglos tan famoso por sus valiosos productos, que se ha convertido en un proverbio común en toda Europa para denotar una gran riqueza». La razón principal era que muchos eruditos de Bolonia, como de otras regiones de Italia, le habían pedido en varias ocasiones, y especialmente desde que empezó el proceso independentista de América (1818), noticias precisas sobre la constitución física y las ganancias de ese famoso monte, cuya posesión era ampliamente codiciada por las nuevas Repúblicas, que en torno a Potosí se iban formando (Molina, 1821, II, p. 142).

Es un tema que puede ser interesante a los académicos oyentes tanto desde el prisma de la *Historia Natural* como de la actualidad política del independentismo sudamericano. Nadie mejor que el jesuita chileno para disertar sobre el mismo, puesto que era nativo de la región (Molina, 1821, II, pp. 141-142).

¹¹ La mayoría de las descripciones físicas del templo de Éfeso provienen de Plinio el Viejo, aunque hay discrepancias en torno al tamaño. Cfr. Jenofonte, *Anábasis* V,3,4-6; Plinio el Viejo, *Naturalis Historia*, XXXVI, XXI, 95; Plutarco, *Vida de Alejandro Magno*, III, 5.

Memoria XII («Sulla propagazione successiva del genere umano»). Si en las once memorias anteriores y en las posteriores (Memorias XIII *Sul Cacao* y XIV *Sopra lo Zucchero*) Molina diserta sobre temas de los reinos animal y vegetal, en la última de la serie que analizamos se centra en la propagación del género humano, asunto muy interesante porque trata de una materia de actualidad, relacionada con la expansión de los conocimientos geográficos del siglo XVIII, y no deja de tocar indirectamente el conflictivo tema de la evolución del género humano y su expansión por la superficie terrestre. También presenta bastantes alusiones a la cultura grecolatina.

En la introducción Molina, tal vez escarmentado por los disgustos que le había causado la *Memoria VI, Analogie meno osservate dei tre Regni della Natura*, acusada de sostener el evolucionismo entre las especies, ahora empieza por defender expresamente al *Génesis*, cuya mitología acepta sin rechistar, como «el documento más antiguo y más auténtico» (Molina, 1821, II, pp. 172-173).

Se centra en rebatir a los que niegan las migraciones de los pueblos, quienes sostienen que los primitivos habitantes de Italia no llegaron aquí de otros países extranjeros, sino que surgieron espontáneamente del mismo terreno como los hongos, «o para servirme de sus propias expresiones, como las encinas, que nacen y se propagan por sí mismas en los sitios adaptados a su estructura orgánica» (Molina, 1821, II, p. 174).

Lógicamente estos fantasiosos orígenes eran fácilmente rebatibles para el ilustrado naturalista que era Molina, quien rechaza los principales argumentos de los que sostenían que los primeros italianos no habían venido de ninguna parte, lo cual inevitablemente conduce al recuerdo de varios mitos, como el de Deucalión, que explicaba los orígenes de los griegos: «Los Griegos todavía salvajes y tontos se creían autóctonos, es decir, indígenas, o procreados por la virtud prolífica de su mismo terreno, o resurgidos de las rocas arrojadas a sus espaldas por Dencalión (sic Deucalión) y su esposa» (Molina, 1821, II, p. 175).

Molina sintetiza demasiado el mito de Deucalión, una especie de Noé en la mitología griega, hijo de Prometeo y la oceánide Pronea, quien también sufrió su Diluvio. Superado éste, por mandato del oráculo de Delfos, repobló la tierra tirando piedras por encima de sus hombros y estas se convirtieron en personas: las de su esposa Pirra en mujeres y las de Deucalión en hombres (Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 38, 1; Hesíodo, *Catálogo de mujeres*, fr. 5); Ovidio: *Las metamorfosis*, I, 253-312; Schwab, 1954, pp. 45-48).

La segunda razón de los inmovilistas italianos era «la pretendida imposibilidad del trayecto, que debían hacer los primeros colonos para viajar desde las llanuras de Asiria hasta Italia a través de inmensos desiertos, de

larguísimos ríos y de montañas escabrosísimas». El jesuita chileno desvanece esta objeción acudiendo a la vida nómada del hombre prehistórico (Molina, 1821, II, pp. 175-176). Añade que hasta el mismo nombre de «Italia» tiene etimología griega, derivada del personaje Italo, rey de Enotri, que, según el mito, habría vivido 16 generaciones antes de la guerra de Troya: el nombre de Italia derivaría de él. Así lo narraron Tucídides, Aristóteles, Antíoco de Siracusa, Estrabón (*Geografía*, VI, 1,4) y Dionisio de Halicarnaso (*Antigüedades romanas*, I, 35).

Puestos a justificar la existencia de transmigraciones de los pueblos a lo largo de la historia de la humanidad y rechazar la generación espontánea de las razas, Molina trae a colación el mito platónico de la «fabulosa» Atlántida, como nexo de unión entre Europa y América (Díaz Tejera, 1996; Ellis, 2000; Vidal-Naquet, 2005):

Muchos autores célebres, después del descubrimiento de esa gran porción de nuestro Globo (América), han tratado de resolver este problema, o de explicar de qué manera los hombres pudieron llegar o transportarse allí. Unos los condujeron desde la fabulosa Atlántida de Platón, creyendo que estaba cercana, o formaba parte integrante de América. Otros los han creído descendientes de los fenicios o de los cartagineses empujados hacia América por la violencia de las tempestades. Otros, finalmente, han querido que los americanos descienden de las diez tribus de Israel, echadas de su tierra y esparcidas por el oriente por Salmanazar, rey de los Asirios. (Molina, 1821, II, pp. 180-181)

Platón fue el primero en hacerse eco de la leyenda de la antigüedad en la que se menciona un reino mítico situado en una isla o península llamada Atlántida (*Timeo*, 24e, 25e-d).

El abate chileno estaba convencido de que el importante continente llamado incorrectamente *Nuevo Mundo*, había sido poblado en varias ocasiones, y por varias naciones por tres partes diferentes, la primera es por el estrecho descubierto por Cook (Molina, 1821, II, p. 183).

Molina, patriota y admirador convencido de todo lo chileno y araucano, divaga sobre el origen y la lengua de los chilenos, y, en su afán de ennoblecerlos y dignificarlos, los entronca con la cultura y lengua griega, de tal manera que «la gran cantidad de vocablos puros griegos y con la misma significación (en el araucano), no dejan lugar a dudas sobre su origen greco-indio». Sin ninguna base documental y apoyándose en cierto parecido lingüístico entre el griego y el araucano, crea una leyenda bastante mítica, localizada en tiempos de Alejandro Magno. Da por sentado que los peruanos y chilenos eran descendientes de los griegos que lo acompañaron en su expedición al río Indo, de donde pasaron a América (Molina, 1821, II, p. 191).

Parece que, aparte de en las semejanzas de los dos idiomas, Molina sustenta su hipótesis exclusivamente en el viajero por la India, geógrafo y escritor griego, Megástenes (ca.350-290 a. C.), quien difundió la idea de que la India era una especie de tierra fabulosa, a medio camino entre lo fantástico y lo real (Jacob, 1995, p. 62).

En todo caso, según Molina, la primera población de Chile se encuentra entre las «colonizaciones asiáticas» en América, simultáneas o poco anteriores a las que penetraron por el noroeste de Europa a través del estrecho de Bering, «mucho antes de la expedición de Colón». Concluye resumiendo que los primeros habitantes de América pudieron llegar desde el continente euroasiático por tres vías diferentes (Molina, 1821, II, pp. 192-194). Conclusión abierta, lógica y esperable de un excelente naturalista como era Molina. De su hipótesis sobre la difusión del género humano en América, lo más sorprendente es la conexión que establece entre los aborígenes chilenos y los griegos de Alejandro Magno. Todo un misterio solo explicable en un patriota chileno y apasionado helenista.

CONCLUSIÓN

Molina fue un intelectual de primera fila, riguroso naturalista y helenista que acudía a los mitos con exquisito cuidado en sus tratados científicos, por lo que son muy escasas las alusiones a la teogonía y héroes grecolatinos en el *Saggio sulla storia naturale del Chili* (1782).

Otra cosa son los dos tomos de deliciosos ensayos o eruditas conferencias, *Memorie di storia naturale*, publicados en 1821, después de salvar la acusación de heterodoxia evolucionista (1815), aunque algunas de ellas pronunciadas durante la ocupación napoleónica de Bolonia. Aparecen frecuentes y oportunas alusiones a los mitos, que amenizaban las disertaciones académicas. El mérito del naturalista y helenista Molina consiste en su espíritu de observación, para quien los araucanos son descendientes de un gran pueblo ilustrado, que se visten de lana como los griegos y romanos y que, como ellos, guardan sus licores en vasos de barro. A diferencia del hispanófilo Miguel de Olivares (1864), que defendía la existencia de «clases sociales», el criollo Molina siempre sostuvo teóricamente la igualdad de todos los hombres (Mossé, 1984, pp. 74-117; Figueroa Zúñiga, 2019).

El abate Molina fue el jesuita expulso chileno que, por su formación y cultivo permanente del latín y del griego, estuvo en mejores condiciones para sembrar sus escritos de referencias mitológicas y culturales grecolatinas. Sin

embargo, no abusó de citas de autores clásicos, las cuales suelen ser oportunas o estrictamente necesarias, como a la enciclopédica *Historia Natural* de su admirado Plinio el Viejo, sin duda uno de los libros de cabecera de Molina.

Puesto que en todos sus escritos subyace el objetivo claro de exaltar «objetivamente» los tres reinos de la Naturaleza en Chile (Molina, 1776, 1782, 1788 y 1821) o la historia y cultura de su patria araucana (Molina 1787, 1795 y 1821), nos llama la atención el lirismo mitológico tomado de la *Geórgicas* con que el jesuita elogia la naturaleza chilena, imitando intencionadamente el «Elogio de la Italia» virgiliano.

Las *Memorie di storia naturale*, el libro ameno que cierra la trayectoria literaria de Molina, es el que mejor resume su idiosincrasia, presentándonos a un científico ilustrado cristiano, libre de prejuicios, que se comete al criterio de la razón respetando los límites del credo católico; un sabio humanista que conocía con hondura la mitología clásica, que exhibe con mesura y acierto.

Concluyendo, el neoclásico Molina hace un uso adecuado y mesurado de las referencias míticas, como pertinente y agradable argumento científico, a diferencia de Miguel de Olivares, en cuya «Historia de Chile» abundan los mitos con una función moralizante (los españoles se comparan con los personajes míticos «buenos» y los araucanos con los «malos»), que le dan un tono arcaizante y barroco al relato.

REFERENCIAS

- AHN= Archivo Histórico Nacional, Madrid, Santa Sede (Año 1789), «*El Sr. D. Antonio Porlier. Sobre las obras de los tres jesuitas don Juan Ignacio Molina, don Miguel de Olivares y don Felipe Vidaurre*», legajo 360, exp. 26.
- Astorgano Abajo, A. (2004). «La Biblioteca jesuítico-española de Hervás y Panduro y su liderazgo sobre el resto de los ex jesuitas». *Hispania Sacra*, LVI(113), 170-268.
- Astorgano Abajo, A. (2021). «Moralidad y mitología clásica en la Historia de Chile del jesuita expulso Miguel de Olivares». *IHS. Antiguos jesuitas en Iberoamérica*, 9(2) (2021, julio-diciembre), 1-43.
- Astorgano Abajo, A. y Martínez Baeza, S. (2020). «Molina, Juan Ignacio», *Diccionario Biográfico Español*. Recuperado de: <http://dbe.rah.es/biografias/47273/juan-ignacio-molina-gonzalez>.
- Casanueva, F. (2001). «Felipe Gómez de Vidaurre: un jesuita expulso, chileno y patriota». En Manfred Tietz, Dietrich Breisemeister (Eds.). *Los jesuitas españoles expulsos. Su imagen y su contribución al saber sobre el mundo hispánico en la Europa del siglo XVIII* (pp. 207-236). Madrid: Iberoamericana.
- Díaz Tejera, A. (1996). «El relato platónico de la Atlántida. Comentario a los diálogos Timeo y Critias», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 42, 209-242.

- Figueroa Zúñiga, M. A. (2019). «Historia militar, civil y sagrada del reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares: el mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII». *Temas americanistas*, 43, 189-2169.
- Gallego Morell, A. (1961). *El mito de Faetón en la literatura española*. Madrid: CSIC.
- Gómez de Vidaurre, F. (1889). *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile por el jesuita Felipe Gómez de Vidaurre, con una introducción biográfica y notas por J. T. Medina*. Santiago de Chile: Imprenta Ercilla.
- Hachim Lara, L. (2013). «Narrativa de “indios” en las “Historias naturales” de Juan Ignacio Molina y Felipe Gómez de Vidaurre». *América Sin Nombre*, 18, 95-103.
- Hanisch Espindola, W. (1972). *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Hanisch Espindola, W. (1974). *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.
- Hervás y Panduro, L. (2007). *Biblioteca Jesuítico-Española*. Madrid: Libris. «Introducción» de Astorgano, A.
- Jacob, C. (1995). «L'Inde imaginaire des géographes alexandrins». En J. C. Carrière, E. Geny, M.M. Mactoux, F. Paul-Lévy (Eds.). *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, 61-80. Paris: Collection de l'Institut des Sciences et Techniques de l'Antiquité.
- Llinares García, M. (1987). «Mitología e iniciaciones: el problema de los Argonautas», *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 5. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/GERI/article/view/GERI8787110015A> en fecha 27/10/21.
- Lope, H. J. (1989), «Antonio Ponz y el problema de la desarbolización española». Niewöhner, F., y Mate, M. R. (coords.). *La Ilustración en España y Alemania* (pp. 157-174). Barcelona: Anthropos.
- Molina, J. I. (1782). *Saggio sulla storia naturale del Chili del signor abate Giovanni Ignazio Molina*. Bologna: Nella Stamperia di S. Tommaso d' Aquino.
- Molina, J. I. (1787). *Saggio sulla storia civile del Chili del signor abate Giovanni Ignazio Molina*. Bologna: Stamperia di S. Tommaso d'Aquino.
- Molina, J. I. (1788), *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile, escrito en italiano por el abate don Juan Ignacio Molina. Primera parte. Que abraza la historia geográfica y natural*. Trad. Don Domingo Joseph de Arquellada Mendoza. Madrid: Antonio de Sancha.
- Molina, J. I. (1795), *Compendio de la historia civil del reino de Chile, escrito en italiano por el abate don Juan Ignacio Molina. Parte segunda, Trad., y aumentada con varias notas por don Nicolás de la Cruz y Bahamonde*. Madrid: Imprenta de Sancha.
- Molina, J. I. (1810), *Saggio sulla storia naturale del Chili di Gio: Ignazio Molina. Seconda edizione accresciuta e arricchita di una nuova carta geografica e dell ritratto dell' autore*. Bologne: Tipografia de' fratelli Masi.
- Molina, J. I. (1821). *Memorie di storia naturale lette in Bologna nelle adunanze dell' Istituto dall' abate Gioan-Ignazio Molina, americano, membro dell' Istituto Pontificio*. (2 vols.) Bologna: Tipografia Marsigli.
- Mossé, C. (1984). «Los orígenes del socialismo en la Antigüedad». Jacques Droz (dir.). *Historia general del socialismo. De los orígenes a 1875*. Barcelona: Destino.

- Olivares, M. de (1864). *Historia militar civil y sagrada de la conquista y pacificación del Reino de Chile. Colección de historiadores de Chile (4)*. Santiago de Chile: Tipografía del Ferrocarril.
- Ovidio (1589). *Las Transformaciones (sic) de Ovidio, traducidas del verso latino en tercetos y octavas reales por el licenciado (sic) Viana en lengua castellana*. Valladolid: Diego Fernández de Córdoba.
- Ponz, A. (1988-1989). *Viaje de España*. Edición de C. M. del Rivero. 18 Tomos, 4 vols. Madrid: Aguilar.
- Ramajo Caño, A. (1995). «Para la filiación literaria de un soneto de Quevedo», *Bulletin hispanique* (97)2, 529-544.
- Redi, F. (1685). *Bacco in Toscana*. Florencia: Pietro Matini.
- Ronan C. E. y Hanisch W. (1979). *Epistolario de Juan Ignacio Molina S. I.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Rozas, J. M. (1963). «Dos notas sobre el mito de Faetón en el siglo de Oro», *Boletín Cultural de la Embajada Argentina*, 1, 3-14. Madrid.
- Smith, W. (1867). «Gigantes». *A Dictionary of Greek and Roman biography and mythology*. Boston: Little, Brown & Co.
- Thiering, M. (2014). «Implicit Knowledge Structures». En Kl. Geus y M. Thiering (Eds.). *Features of Common Sense Geography. Implicit knowledge structures in ancient geographical texts* (pp. 265-317). Zurich– Berlin.
- Valenzuela Matus, C. A. (2017). «Plinio en el fin del mundo. La influencia del naturalista romano en el *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile* (1788), de Juan Ignacio Molina». En: G. A. Franco Rubio et al. (coords.). *España y el continente americano en el siglo XVIII* (pp. 755-768). Gijón: Trea.
- Vidal-Naquet, P. (2005). *La Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico*. Madrid: Akal.